

LA LUCHA DE CLASES

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE AGRUPACIONES SOCIALISTAS DE VIZCAYA

Y DEFENSOR DE LA CLASE TRABAJADORA

AÑO XI

Número extraordinario

APARECE LOS SÁBADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: FERNÁNDEZ DEL CAMPO, 16
BILBAO, 23 DE JULIO DE 1904

Precio: 10 céntimos

NÚM. 505

TÁCTICA DEL PARTIDO SOCIALISTA

De poco le sirve a un partido defender una buena idea, si la táctica que observa es mala. Por noble, por grande, por excelente que aquella sea, no triunfará si los individuos que la defienden no proceden con acierto.

Sirva de ejemplo el partido republicano español. Siendo superior su programa al de los partidos monárquicos y contando con gran fuerza numérica, no derriba á éstos por la mala táctica que han adoptado sus directores tanto en lo que se refiere á la educación de las masas, como en lo concerniente á sus relaciones con los partidarios de la institución monárquica.

La táctica del Partido Socialista debe responder á tres condiciones: á mantener en toda su integridad los principios que el Partido sustenta; á hacer de él, por consiguiente, una entidad muy distinta de la que son los partidos burgueses, y á dar á los obreros una educación que les permita defender bien los intereses de su clase y no desaprovechar ninguna circunstancia favorable al progreso de su causa.

Se impone, pues, al Partido Socialista una actitud de irreductible oposición á todos los partidos burgueses, llámense como se llamen, aunque esta oposición sea más ó menos fuerte, según las mayores ó menores dificultades que cada uno de ellos oponga á la organización del proletariado en partido de clase. De no colocarse y mantenerse en tal actitud el Partido Socialista, no podría hacer á fondo la crítica del régimen burgués, ni la de los mencionados partidos, ni tampoco la de sus hombres cuando se mueven por simples miras personales.

Dicha oposición, que arranca de la irreconciliabilidad que existe entre los principios socialistas y los principios burgueses, no niega que el Partido Socialista, por el propio interés de lo que defiende — la causa de la emancipación humana — eche el peso de su fuerza en pro de toda solución progresiva, de una mejora de carácter general, sea el que quiera el elemento político que la realice.

Esto lo hará pacífica ó revolucionariamente, con coalición ó sin ella, según lo determinen las circunstancias, que serán apreciadas no por unos cuantos individuos ó por varios grupos del Partido, sino por todos los elementos que le componen.

Desde luego no debe considerarse como motivo para una coalición con elementos burgueses avanzados el hecho de que lleve el Partido Socialista al Parlamento ó al Municipio una representación que antes no tenía ó que sea mayor á la que hubiera en ellos ganada por su propia fuerza. Representación así lograda es perjudicial ó efímera, pues aparte de que acusaría más bien ansia de satisfacer ambiciones personales que amor á las ideas, cuando la coalición que la había dado vida desapareciese, el Partido se quedaría sin ella, produciéndose en sus filas un profundo desaliento.

En lo que afecta á nuestro país, salvo en casos muy excepcionales, debemos huir de toda clase de coaliciones, lo mismo para acudir á los comicios, que para obtener cualesquiera otros fines. Muévase por cosas tan pequeñas la generalidad de los políticos burgueses en España, son tan desaprensivos y tan aficionados á los arreglos (léase *pasteles*) con los gobernantes, que en la mayor parte de las coaliciones no harían más los socialistas que facilitar el triunfo de unos cuantos farsantes ó resultar traicionados.

Por otra parte, para que los socialistas manifiesten su aversión á la Monarquía ó su enemiga al clericalismo ó á otro elemento reaccionario, no necesitan ir del brazo con políticos burgueses. Siempre que sea preciso realizar actos contra la una ó contra los otros, pueden hacerlo los socialistas por su propia cuenta, sin importarles nada el que injustamente les llamen auxiliares de la Monarquía ó amparadores de los clericales.

Son eso los republicanos que no arrojan de su partido á los concejales que votan cantidades para que se canten *Tedeums* por cumplir años Alfonso XIII y para que se celebren otros actos religio-

sos; no los socialistas que expulsarían de sus filas al concejal de su Partido que votase dinero para cualquiera de esos dos fines.

En lo que se relaciona con la propaganda, la táctica debe encaminarse á formar socialistas conscientes, esto es, hombres á quienes guíe en su lucha contra el presente régimen social, no el odio ciego á las injusticias y á las infamias que el mismo engendra, sino el conocimiento de las causas que originan esos males, pues de aquel modo su acción puede ser equivocada, contraproducente, mientras que de este otro será beneficiosa para las aspiraciones que el Socialismo persigue. Los socialistas que tengan por guía la idea, ajustarán sus actos á la realidad, vivirán dentro de la ley burguesa el tiempo que les sea preciso y apelarán sin vacilaciones á la violencia cuando la legalidad impida las conquistas cuya realización sea posible.

Tal es la táctica que, á nuestro entender, debe observar el Partido Socialista en general, y la que hasta ahora, por lo menos, viene observando el Partido Socialista Español.

Pablo Iglesias.

LA UNIÓN GENERAL DE TRABAJADORES

En la actualidad la constituyen quince federaciones, ocho de oficio y siete locales: las primeras corresponden á albañiles, aserradores y afiladores, canteros y marmolistas, metalúrgicos, fogoneros y marineros, obreros en madera, panaderos y tipógrafos; y las segundas son Bilbao, Elche, San Sebastián, Oviedo, Santander, Valladolid y Villena.

Hay cincuenta Secciones de agricultores, con más de cuatro mil asociados, y el total de organizaciones que componen la Unión son trescientas ochenta, pasando de cincuenta y nueve mil quinientos federados. Pertenece á la Unión Internacional de Uniones Nacionales, cuyo Comité Central está en Berlín.

Dado el atraso de cultura en que por culpa de los gobernantes estamos los obreros españoles, y el escaso desarrollo de la industria de nuestra nación, puede afirmarse que la existencia de este organismo representa un gigantesco esfuerzo de sus fundadores por las dificultades que han tenido que vencer para darle vida y consistencia. Estos esfuerzos resultan aún mayores si se tiene en cuenta que la Unión General ha sido y es combatida y calumniada por elementos republicanos y anarquistas, que incapaces de hacer nada sólido y positivo, tratan de desacreditarla, pero no con una crítica razonada y serena, sino manejando la infame calumnia en todas partes y especialmente allí donde el trabajador es más vehemente é ignorante y, por tanto, propenso siempre á creer que con un movimiento de fuerza, siempre inconsciente, puede cambiar la razón de ser de la sociedad actual. Debido á esta circunstancia, el elemento obrero de Andalucía es el que menos contingente da á la Unión General, si bien confiamos que las mismas predicaciones de los ácratas y los fracasos que han tenido con sus huelgas generales, desengañarán al obrero andaluz y le harán ver claramente el camino de su mejoramiento para hoy y la emancipación para mañana.

El Comité Nacional reside en Madrid, y se halla en constante comunicación con las Sociedades federadas, por lo que sabe las huelgas que se realizan, los fundamentos de las mismas, me-

jas obtenidas, duración de las jornadas de trabajo, salarios que se disfrutan, como se cumplen las leyes en lo que respecta al trabajo de la mujer y del niño y la de accidentes del trabajo, medios que se ponen en práctica para hacer las huelgas, tanto por ciento de los obreros sin trabajo y enfermos, abusos de los patronos y atropellos de las autoridades al derecho de asociación, y en general, todo cuanto es preciso saber para desarrollar una acción acertada y eficaz y no meternos en aventuras insensatas que pudieran perjudicar nuestra organización.

Cuando las huelgas son reglamentarias todos los federados contribuyen con diez céntimos de peseta semanales para el mantenimiento de aquéllas, y cuando no lo son por no reunir lo que prescriben nuestros Estatutos, el Comité recomienda el auxilio voluntario de las Secciones, que responden al hermoso principio de solidaridad, enviando cuantos fondos pueden á los que luchan.

Debido á esta táctica, el noventa y cinco por ciento de las huelgas que ha mantenido la Unión han sido ganadas, aunque las ha tenido tan largas como la de Elche, que duró nueve meses y consumió ochenta y ocho mil pesetas.

Puede asegurarse que si esta potente Organización sigue como hasta aquí (no hay motivo para suponer lo contrario), desorollará su esfera de acción de una manera tan positiva, que dentro de algunos años será temida por los poderes públicos, como ya lo es hoy por los patronos, y ejercerá tal presión en los Gobiernos que influirá en la legislación de nuestro país para que se dicten leyes en beneficio de los oprimidos y en concordancia con las necesidades de los tiempos modernos.

Vicente Barrio.

Rápida

Feliz es el ser que instintivamente se siente agradecido al pintor cuando contempla un bello cuadro; feliz la persona que, tras la figura de notable concertante, oye y delita su espíritu obligándole á pensar en algo grande y hermoso; feliz es el padre que á costa de desvelos ha conseguido encarnar en el corazón de sus amantes pequeños los sentimientos de amor y caridad para con el prójimo sufriente; feliz el individuo que sabe extasiarse en el sacro silencio de la candorosa y sencilla aldea, y observar en ella la grande y magestuosa Naturaleza; feliz el facultativo que cumpliendo con su alto deber, adquiere á la cabecera de la cama del harapiento, terrible enfermedad; feliz el pueblo que sabe venerar al pulimentador de la juventud, al sufrido maestro de escuela; feliz toda alma noble y generosa que se hermana y conaturaliza con las lágrimas y desdichas ajenas; feliz en grado sumo esa pleya de hombres desinteresados que existen ya por doquier, y que cual nuevos apóstoles, marchan en suave, apretado é indisoluble lazo, por ciudades, villas, pueblos y aldeas, aconsejando la paz, difundiendo la verdadera luz, esparciendo el bien y predicando ideas sanas, sublimes y regeneradoras en bien del humano proletariado universal; ¡dichosos y felices vosotros, socialistas militantes! yo os felicito y cordialísimamente os abrazo.

M. M.

Santander, julio de 1904.

LA JORNADA DE TRABAJO

DEL examen de autorizadas estadísticas se deduce que la jornada media de trabajo de los obreros españoles es de once horas, es decir, que excede en tres horas diarias á la que se considera como jornada máxima compatible con el relativo bienestar que moral y materialmente puede obtener el trabajador en el presente régimen económico.

Los efectos de la excesiva duración de la jornada de trabajo son demasiado conocidos por aquellos trabajadores que se preocupan de su situación y ansían mejorarla, pero conviene repetirlos en toda ocasión para interesar en la obra de mejoramiento común á esa gran parte de la masa obrera que inconscientemente labora su ruina permaneciendo en el más culpable indiferentismo.

Esas tres horas que sobre la jornada racional trabaja el obrero español, significan un derroche de su única riqueza, su vigor físico, y, por tanto, su destrucción, su muerte prematura; es este el efecto más grave de la larga duración del trabajo, y él sólo sería causa suficiente para considerar su disminución como la primera de nuestras reivindicaciones. Pero no es esto sólo; la necesidad, mejor aún, el deber que tenemos de elevar lo más posible nuestro nivel moral, de disfrutar los puros goces del hogar y de la familia educando á nuestros compañeros é interviniendo eficazmente en la educación de nuestros hijos, de reducir al mínimo el ejército de reserva con que los capitalistas cuentan en daño nuestro, no nos será posible realizarlo si continuamos sujetos á tan abrumadora jornada como la actual.

Preciso es, pues, que redoblemos nuestros esfuerzos y los encaminemos principalmente á conseguir la reducción de la jornada de trabajo; una vigorosa organización económica y el uso reflexivo y consciente de nuestros derechos políticos pueden conducirnos á tal fin en plazo breve.

Y vosotros, obreros indiferentes, no persistáis en vuestra conducta suicida; pensad en que no tenéis derecho á permanecer cruzados de brazos ante la titánica lucha que sostienen vuestros hermanos por mejorar vuestra salud y vuestra inteligencia al mismo tiempo que las suyas, ayudados y sólo así tendréis derecho á consideraros dignos.

H. Rodríguez.

Bilbao, julio 1904.

LA CRUZ DEL GORBEA (1)

Cruz gigante, abre sus brazos en la cumbre del Gorbea, cruz de metal construida para ser más duradera. Hasta de lejanos pueblos las miradas la contemplan, pues desde el punto que ocupa domina montes y sierras. No es de te cristiana símbolo sino verdadero emblema de la pasión que soportan los proletarios de Euzkera. Sólo una cosa le falta para que completo sea, y es una inscripción que diga de la siguiente manera: «Como esta es, pesada y grande, la cruz que en Vasconia llevan los cristos trabajadores que van con su cruz á cuestras.»

Alvaro Ortiz.

(1) Para el lector que lo ignore, diré que en la alto del Gorbea, elevado monte enclavado en la línea divisoria de Alava y Vizcaya, ha colocado la hipocresía religiosa una formidable cruz de hierro para alentar la fe católica de los hijos del pueblo vasco. No estará de más decir asimismo que otra cruz, también formidable y también de hierro, colocada anteriormente en el sitio indicado, fué vencida por un furioso temporal y quedó hecha pedazos en las estrabaciones del monte. ¡Inscrutables designios de la señora Providencial!

Colectivismo

I

El colectivismo es necesario al progreso de la humanidad

La propiedad es un medio necesario para la satisfacción de las necesidades humanas. Observad cómo cualquiera de éstas requiere un acto de apropiación sobre las cosas.

Pero el régimen de propiedad que hoy existe no permite utilizarla en bien general, en provecho común; la propiedad es actualmente privada, individual, y los beneficios de ella corresponden sólo a sus dueños. El propietario de la mina, de la fábrica ó de la tierra, es, sin duda, el único favorecido por el trabajo que en ellas se realiza; él acapara el rendimiento de esas propiedades. En cambio, los obreros que las fecundaron con su esfuerzo, haciéndolas producir, carecen de toda participación en el fruto de su propio trabajo. ¿Cuál es la razón que da el dueño para monopolizar todas las utilidades? La propiedad privada que sobre ellas le reconoce la ley presente. ¿Cuál es la causa de que el trabajador no perciba el fruto de su trabajo? El no tener la propiedad sobre la mina, la fábrica ó la tierra en que lo ejecuta.

Hay, pues, un manifiesto antagonismo entre el propietario y el trabajador; ese antagonismo tiene por fundamento la propiedad privada. Si ésta desaparece, ni aquél percibirá el fruto del trabajo ajeno, ni éstos trabajarán para otro, sino para sí mismos.

También son opuestos entre sí los intereses de los propietarios. El enriquecimiento y la prosperidad de cualquiera de éstos, perjudica á los demás. La ganancia de un tendero está en la pérdida de otros muchos; la de un industrial en la ruina de los demás industriales; el éxito de un negocio financiero depende del quebranto de intereses análogos. Por eso todos los capitalistas, en mayor ó en menor escala, luchan entre sí por medio de la competencia mercantil ó industrial. Y como la competencia tiene un límite, pasado el cual no es posible la ganancia que á todos inspira, los propietarios acuden á la defraudación que abarata el producto que venden, á escatimar los salarios de los obreros que disminuye el coste de la producción, á aumentar las horas de trabajo que aumenta el número de productos, á provocar guerras en busca de nuevos mercados en que negociar ó de primeras materias para aumentar su tráfico. La competencia está por encima de todo sentimiento de humanidad y de justicia: esa lucha les obliga á emplear en su personal benéfico toda clase de medios.

¿Y qué resulta de todo esto? Fácil es comprobarlo. El hombre tiene un enemigo único: la Naturaleza. El progreso consiste en vencerla y dominarla, transformándola, de adversario que es, en auxiliar poderoso de la Humanidad. Si fijáis vuestra atención en aquellos indiscutibles progresos alcanzados, veréis que todos ellos consisten en haber sorprendido algún secreto de la Naturaleza, en haber utilizado sus fuerzas antes devastadoras en beneficio humano: en las ciencias naturales se halla el principio del verdadero progreso, de la única civilización.

Pues bien; observad cómo actúa en la sociedad la propiedad privada. Sus efectos son desunir á los hombres, haciendo enemigos á unos de otros: al obrero del propietario, al propietario de todos los demás propietarios. La explotación del trabajador por el capitalista y la enconada competencia de éste entre sí, originan fatalmente ese inhumano antagonismo que desvía á la sociedad del camino del progreso.

En tanto subsista ese antagonismo, que es forzosa consecuencia de la propiedad privada, la Humanidad no progresará verdaderamente: la inmerecida miseria de la inmensa mayoría de los hombres contrastará con el injusto bienestar de unos cuantos, y esa brutal antítesis de explotados y explotadores será el baldón de iniquidad y el signo de barbarie de la sociedad capitalista, que se llama civilizada; pero no lo es.

El Socialismo suprimirá la propiedad privada y la reemplazará con la propiedad colectiva.

Entonces el hombre dejará de luchar contra el hombre, y todos juntos unirán sus esfuerzos para combatir y dominar á la Naturaleza, iniciando así el verdadero progreso humano. La causa de las discordias que hoy agitan el mundo, habrá desaparecido, y á la guerra implacable sucederá la paz entre los hombres.

El rasgo fundamental del colectivismo es, por tanto, la supresión de la propiedad privada.

II

¿Qué se propone el Colectivismo?

La propiedad de las cosas no ofrece por sí misma la satisfacción de ninguna necesidad. Poseer una tierra, tener una máquina, no reporta á nadie utilidad alguna; es necesario que el brazo la cultive

ó que la actividad inteligente la dirija. Las cosas apropiables no valen, pues, sino como medios de producir; y para que esto ocurra ha de actuar el esfuerzo humano sobre ellas.

Una vez hecho esto y obtenido el fruto del trabajo, se plantea un segundo problema: el de la distribución de lo producido, problema interesante de cuya solución depende que las necesidades se satisfagan cumplidamente, ya que hoy nadie puede vivir aislado de los demás, consumiendo aquello que él directamente obtiene, como en los tiempos primitivos.

Precisa determinar por consiguiente qué se propone el colectivismo frente á esos diversos aspectos de la actividad del hombre sobre las cosas; es decir, sobre la producción, la distribución y el consumo de ellas.

a) Con relación á la producción.

Examinad cómo se realiza hoy la producción de la riqueza. Una muchedumbre obrera es la encargada de esa labor, á cambio de la cual recibe un mequino jornal, insuficiente para llenar las exigencias de una vida humana. Ved también la relación que existe en toda clase de trabajo. Una cosecha escasa en lejanos países hace aumentar el precio de nuestro trigo; el mineral de nuestras minas pasa al extranjero para ser convertido en instrumentos de trabajo, en máquinas de todas clases; los vestidos que usamos son hechos con materias textiles procedentes de lejanas tierras, y se transforman en fábricas de distintos países. Dentro de cada fábrica ¿no veis los diferentes compartimentos en cada uno de los cuales prosigue el obrero la labor que otro anterior ha comenzado? La producción es por tanto colectiva, ya que un trabajador se relaciona forzosamente con todos los demás.

Observad, en cambio, que ninguno de los instrumentos de trabajo manejados por esa muchedumbre es de su propiedad. La tierra que cultiva el bracero pertenece á un individuo que invierte el día en el casino del pueblo ó vive, lejos de su hacienda, en la ciudad derrochando el fruto del esfuerzo ajeno; la mina que socava el obrero es del capitalista, desconocido aun de sus propios trabajadores; la fábrica cuya maquinaria utiliza el operario es de tal señor ó de cuál Sociedad, representados allí por un gerente ó un director de gran sueldo, pero tan desposeído de toda participación en la propiedad de la fábrica como el último de los operarios de ella.

Sin embargo de ser esto así, y de trabajar sólo los obreros y de holgar siempre el capitalista, los beneficios de la producción son para éste y no para aquéllos. La cosecha, el mineral, las cosas producidas *exclusivamente* por los trabajadores, pertenecen, con arreglo al sistema individualista, *exclusivamente* también, al propietario ocioso. Es decir, que siendo como es colectiva la producción de la riqueza social, ésta es individual.

El colectivismo pondrá fin á tan gran injusticia: él hará que los beneficios de la producción sean colectivos, ó sea de los trabajadores que la realizan, en vez de ser individuales, es decir, del dueño de los medios de producir. Para que eso suceda, bastará establecer estos dos preceptos: 1.º Queda abolida la propiedad, privada de los medios de producción. 2.º Estos medios pertenecen á la sociedad y sus productos serán de la propiedad de los obreros que los obtengan con su trabajo.

Así dejará de beneficiar la propiedad de las cosas á quien no trabaja; así la producción se realizará *por y para* los trabajadores; así recibirá cada uno de éstos el producto correspondiente á su esfuerzo.

Nuestros adversarios suelen decir que la propiedad colectiva será imposible, porque nadie la respetará. Que no será imposible lo demuestra el hecho de que ya es posible. Los ferrocarriles que cruzan nuestro territorio son propiedad de la nación, es decir, colectiva: no es necesario determinar qué porción de la línea, qué parte de los trenes corresponde á cada ciudadano. Y esto no obstante, ¿hay alguno que atente contra esa propiedad común? Pues al igual que ésta vive y se desarrolla, vivirá mañana con carácter colectivo toda la propiedad que hoy está en manos de los individuos, y aun será más fácilmente respetada y mejor entendida, porque los mismos trabajadores serán los que determinen la manera de utilizarla y ellos quienes se beneficien con el fruto de su labor.

También se dice que nadie querrá trabajar cuando la propiedad sea colectiva. Pero ¿cómo trabajan hoy la mayor parte de los hombres á pesar de no obtener ninguna utilidad ni percibir participación de lo que produce? El albañil que edifica el palacio del rico, vive en un tugurio miserable; el minero que arranca á la tierra los metales preciosos, carece de ellos; el colono que explota la tierra guarda en los graneros del amo la cosecha que recolectó con su sudor. ¿Cómo considerar imposible que, en vez de esto, sea el obrero quien obtenga el fruto de su propio trabajo? Lo imposible, lo injusto, lo

que no podría comprenderse, si no se viera, es el sistema presente de producir, según el cual el trabajador carece de todo cuanto produce y el capitalista tiene de todo sin trabajar.

b) Con relación á la distribución.

La distribución de los productos está confiada en el presente régimen á la iniciativa individual. Las personas dedicadas á esa labor se llaman comerciantes. Pero ¿quién querrá ser comerciante? El fin del Comercio es satisfacer una *necesidad moral*: la de aproximar los productos al consumidor. Y esa función, ese trabajo eminentemente social, no la realiza hoy la sociedad, sino el individuo. Más claro: la distribución de los productos depende del *interés particular de los comerciantes*, en lugar de supeditarse al *interés colectivo de los consumidores*.

Por ello sufren éstos, ó sea la sociedad, un grave perjuicio. El comerciante es siempre un parásito que no aumenta en un ápice la bondad del producto que vende, no obstante lo cual eleva su precio para lucrarse en la reventa, dificultando el consumo, ó falsifica la mercancía para obtener una ganancia con daño de la salud de los compradores. Esto explica cómo el valor de los productos es en el lugar de su consumo 8, 10 ó 20 veces mayor que el que tuvieron en el lugar de su procedencia, aumento debido solamente al sobreprecio que cada comerciante intermediario ha ido sumando al del producto.

El colectivismo atribuye á la sociedad la misión de distribuir los productos, y suprimirá para ello todo género de intermediarios. Ella misma será la encargada de aproximar á los consumidores el fruto del humano trabajo, sin otro fin que el cambio recíproco de los productos, ni otro objeto que el satisfacer cumplidamente las necesidades de todos.

El comercio individual será, por tanto, sustituido con el cambio social de los productos realizado por la colectividad.

c) Con relación al consumo.

En punto al concurso, el colectivismo se limita á asegurar á todos los hombres la completa satisfacción de sus necesidades materiales y morales: ni hambre, ni frío, ni ignorancia. Pero á cambio de esto impone una condición: la de que cada cual contribuya con su trabajo, en la medida de su esfuerzo y de su capacidad, á la labor social en cualquiera de sus múltiples aspectos.

Es vulgar la opinión de que el colectivismo someterá á los hombres á un régimen uniforme de habitación, de actividad, de descanso, de comida, de traje, etc., etc. Semejante idea del colectivismo es sencillamente estúpida.

La única propiedad individual que el Socialismo admite y que ha de mantener necesariamente, es la de los medios de consumo. Cada cual habrá de emplear en su propia satisfacción aquello que le sea indispensable, sin que la sociedad le regatee ninguna de sus necesidades.

El colectivismo es la libertad, no la esclavitud. Pide una suma de trabajo á todos, á cambio de otorgarles los medios precisos á su libre desenvolvimiento. No trata de reducir la acción de la personalidad humana, sino de ampliarla, rompiendo las numerosas trabas que actualmente la dificultan ó la imposibilitan.

En síntesis: el colectivismo se propone destruir los antagonismos sociales aboliendo la propiedad privada que los origina, único modo de lograr que todos los hombres perciban el producto de su trabajo, y que todo trabajo redunde en provecho inmediato de la sociedad que lo realiza. De ese modo será un hecho el progreso humano, detenido hoy por el egoísmo de los poseedores.

Tal es la fórmula colectivista compendiada en el sublime precepto: *todo para todos y todos para todo*.

R. García Ormaechea.

Madrid, julio 1904.

Pensemos por los que no piensan

HAY gentes empeñadas en negar que la sociedad camina hacia un orden de cosas más en armonía con los derechos humanos. Aferradas á la falsa idea de que en todo tiempo han existido ricos y pobres, antojáseles invariable é inmovible el presente régimen de desigualdad social. Son ciegos que no creen en la existencia de la luz, porque no la ven.

Ni el cambio en la forma de producir, ni la rápida concentración de los capitales dicen nada á sus sentidos. Si reparasen en tales hechos y de ellos se tomaran la molestia de sacar alguna deducción, de seguro que no sería la de que eternamente hemos de seguir unos hombres pasando todo género de privaciones y trabajando hasta aniquilar las fuerzas para que otros, más afortunados, vivan sin otra ocupación que la de proporcionarse comodidades.

Pensemos por los que no piensan y deduzcamos. De los pequeños talleres apenas si queda más que el recuerdo. Los industriales bajo cuyos órdenes y á su inmediata inspección trabajaban 4, 6, 10 ó más operarios han desaparecido, pasando al campo proletario los más, y pocos, muy pocos, de maestros se han convertido en parásitos accionistas de sociedades anónimas. Si aún queda algún pequeño taller, ved que su dueño es más explotado que el simple obrero. No elabora para llevar sus manufacturas por sí al mercado. Trabaja para el almacenista.

El comercio va perdiendo su forma típica de comprar las mercaderías al productor y venderlas al consumidor, y todos los indicios que se notan hacen presumir la desaparición de este intermediario. Gran número de almacenes y tiendas son simples expendedorías, dependencias de las fábricas.

La agricultura es la que parece que todavía se resiste á dejar sus rutinarios y anticuados procedimientos y á entrar por el camino del progreso. Pero no es de temer el transcurso de un prolongado período de tiempo en semejante situación, si tenemos en cuenta que ya se le empieza á dedicar especial atención, y que se canalizan ríos, se forman pantanos, se fundan granjas agrícolas, utilizándose los abonos químicos, se emplea la maquinaria y se publican revistas de agricultura en determinados sitios, todo lo cual ha de contribuir, indudablemente, á que los capitalistas se decidan á buscar ganancias en la explotación del suelo. No ha de hacerse esperar la constitución de potentes empresas agrícolas.

Pero que las empresas tarden un poco más ó un poco menos en desarrollar la producción de la tierra, se distinguen ya con bastante claridad los derroteros que han de seguir. Al igual que en la industria, las empresas agrícolas no se conformarán, no pueden conformarse, á limitar su acción exclusivamente á producir, sino que pretenderán, y han de conseguirlo, ser las proveedoras directas de los mercados.

Resultará, pues, que al labrador de hoy, propietario ó arrendatario, y al comerciante, les será arrebatado su medio individual de vida, y en la sociedad formarán dentro del hormiguero inmenso de trabajadores asalariados de las empresas.

Y reducida de tal suerte á su más mínima expresión la clase capitalista, acaparadora de todas las riquezas, y componiéndose la casi totalidad de la sociedad de proletarios, de gente sin nada propio más que su cerebro y sus brazos, fácil es darse cuenta de cuáles serán las aspiraciones de los desposeídos: las de que nadie se aproveche del trabajo ajeno.

¿Y quién podrá impedir se convierta en realidad, en hermosa realidad, las justas aspiraciones del proletariado?

J. Bautista Mercadal.



EL TRABAJO EN LAS MINAS

LANZADO al torbellino de la vida, el hombre tiene que dedicarse á un trabajo cualquiera para ganar su comida y la de la familia que se cree. Juan, caminando al acaso, vino á parar á Asturias, donde después de trabajar algún tiempo en las casas en construcción, en talleres y fábricas, de peón, al fin dió con su cuerpo en las minas.

De minero trabajó algunos años, y aún seguiría trabajando en las minas si una terrible enfermedad, que mata prematuramente muchos mineros, la tisis, desviándole del camino de la vida no le hubiese llevado á la tumba.

He aquí unas cuantas páginas de unas *Memorias* que dejó escritas:

«Y después de recorrer tan largo calvario, al fin vine á parar á las minas de la empresa de X. ¡Qué vida tan perra la que hago de minero!

«Me levanto de la cama á las cinco ó seis de la mañana. De mi casa á la bocamina hay bien medida una legua. Muchos mineros tienen que recorrer igual distancia, y algunos más, para ir al trabajo.

«Ya en la mina, perdida para mí la luz del día, envuelto en las tinieblas de las profundidades del monte, tengo casi diariamente que sostener ruda batalla con la idea de la muerte. ¿Para qué vivir? Esto no es trabajo ni es vida; es un castigo implacable impuesto por unos hombres á otros. El trabajo no puede ser un castigo de Dios, como dice la Iglesia; no, imposible. ¿No es Dios infinitamente bueno, misericordioso? ¿Cómo, entonces, ha de castigar á las humanas criaturas con un trabajo que ni las bestias debieran realizar?

«¿Hay que sacar el carbón de las minas? Bueno. ¿Y no puede extraerse en otra forma? Sí. Medios tiene para ello la mecánica.

«Ábrese un hueco en el monte, sin más dimensiones que las necesarias para cortar la capa y entrar y salir los vago-

nes. Ese hueco alérgase, perforando el monte, hasta sus entrañas, un kilómetro, dos ó tres, los que sean precisos; hácese luego otros agujeros á derecha é izquierda de la primera galería abierta; más allá otros agujeros; ábrese luego otros en la parte superior de la galería que sirvan de comunicación á otras galerías más altas, y luego otros, y más arriba otros, y otros, en todas direcciones, y los pobres hombres, nosotros los mineros, horadando aquí y allá, haciendo saltar las capas de carbón á golpe de *pico* ó por la fuerza explosiva de la dinamita.

«En esa inmensa red de galerías abiertas en el interior de la montaña, sin aire, porque la codicia del patrono, la impericia ó abandono del ingeniero, ó otra causa por el estilo, nos regatea la ventilación, vivimos asfixiándonos por la falta de oxígeno ó por el humo de la pólvora. Nuestra vida es casi la del topo, y aun más miserable que la de éste que al fin, privado de la vista, no puede, como nosotros, ver los horrores del mundo, fuera del centro de la tierra.

«Salimos de la mina. Al exterior están los lavaderos, donde nuestras mujeres é hijas trabajan diez ó doce horas en un trabajo brutal, *espaldando* carbón, como nosotros negríssimas, sucias, tragando el finísimo y negro polvo del carbón, por cuatro ó cinco reales de jornal; aquí y allá nuestros pequeñuelos, nuestros *guajos*, sucios también, trabajando brutalmente por una peseta, empujando vagonetas, cargándolas de carbón, arrastrando maderas...

«Y vemos todo esto y hacemos nuestro trabajo por 12, 14 ó 16 reales que se nos dan por una labor que dura en muy pocos meses siete ó ocho horas, en los más diez. Y allá van miles de toneladas de carbón arrancadas del monte á costa de nuestras vidas y de la salud de nuestros hijos y esposas, que enriquecerán á los dueños de las minas, á los contratistas, á los comerciantes, á todo el mundo, menos á nosotros, que exponemos diariamente nuestra existencia en la extracción de ese combustible, alma de la industria, alimento de millares de monstruos de hierro que multiplican el trabajo humano creando inmensas riquezas que aprovechan los dueños de los instrumentos del trabajo, mientras nosotros, que con nuestra sangre regamos y fertilizamos el campo de la...

«No quiero seguir, ¿para qué? ¡Ah, sí los señores, si los ricos, si las damas de la aristocracia, si las señoritas que tanto lujo gastan supieran lo que nos cuesta alimentarlas, vestir las y procurarlas distracción...!»

Y no sigo copiando las *Memorias* de un minero.

Los que por su posición social viven alejados de la vida de penalidades que arrastra el trabajador de las minas, piensen que los mineros son muchos miles, cientos de miles, que unidos á los cientos de miles de trabajadores de otros oficios, empiezan á dejar de ser resignadas bestias, para pensar en la tuberculosis que los aniquila, en los millones que ellos producen y otros derrochan; que piensan en el trabajo alegre y vivificador que debe y puede realizarse imponiéndose á la ambición de los poderosos; que piensan ya en cultivar su inteligencia como arma poderosa que en la lucha por la existencia puede darles la victoria, y pensad también vosotros los que vivís de las rentas é intereses que vuestro capital produce con el trabajo de los obreros, que éstos, si se les cierra la puerta de la justicia y del derecho, pueden prender fuego á la mina de la explotación que sufren, y...

¡Meditemos todos las consecuencias de tan terrible explosión!

M. Vigil.

Oviedo, julio 1904.

LEYES PROTECTORAS DEL TRABAJO

1.º Dice Marx, con referencia á William Pety, que si la tierra es la madre de la riqueza, el trabajo es su padre.

2.º Legislar sobre el trabajo equivale, desde este punto de vista, á proteger y defender el principio creador y fundador de la riqueza social.

3.º Todo trabajo es gasto de fuerza humana, y así como en el orden económico es censurable el derroche de los intereses materiales, debe serlo en el fisiológico, el de las fuerzas productivas humanas, para evitar la destrucción de éstas mediante el aniquilamiento de quienes las emplean.

4.º Se abonan las tierras y se las deja descansar; se protegen los arbolillos y existen también sociedades protectoras de animales. No han de ser menos los hombres, á fin de que resulte verdad la afirmación de Salvioli de que «en la presente organización, la propiedad lo es todo y la persona nada».

5.º Imponer al hombre un trabajo excesivo, aparte del perjuicio para la Hu-

manidad por la degeneración de la raza, es una arbitrariedad; hacer trabajar abusivamente a la mujer y al niño, es un crimen.

6.º La protección ha de alcanzar las diversas manifestaciones del trabajo: señalamiento de jornada y salario en armonía con las indicaciones de la ciencia y condiciones de salubridad y de prevención de riesgos; indemnización de daños y acumulación de recursos que permita esperar sin angustia, bien el paro por enfermedad ó crisis económica, bien los tristes días de la vejez.

7.º La legislación protectora del trabajo supone una obra de mejoramiento social, en cuanto las aspiraciones inmediatas de la clase trabajadora corren por el cauce del derecho, sirviendo de fuerza motriz al progreso humano, en vez de desbordarse por el campo de la revuelta, realizando sólo una acción destructora.

8.º La legislación protectora del trabajo representa también una obra de pacificación social en el sentido de que, cada derecho regulado por ella, evita la necesidad de una lucha para su afirmación y conquista.

9.º La legislación protectora del trabajo en cuanto significa la intervención de la sociedad en las relaciones entre el capital y el trabajo, revela el carácter social de la producción de la riqueza, con su derivado la posibilidad y la conveniencia de que aquélla (la sociedad) se apodere de ésta (producción) en beneficio de todos.

R. Oyuelos.

¿QUIÉNES SOMOS?

EXISTE todavía en algunos pueblos, especialmente en los del interior de las provincias y en Vizcaya y Guipúzcoa, sobre todo, una leyenda, un juicio sobre lo que somos y queremos los socialistas, que conviene destruir á todo trance.

Monopolizado el pensamiento en esos pueblos por el cura, mientras algún suceso no sea nuncio de la llegada del ideal socialista, concretarase el buen padre de almas á hacer comprender á su paciente rebaño las bienandanzas de la vida eterna conseguidas con los sacrificios y las privaciones en este valle de lágrimas... para los que sufren la explotación del terrateniente ó del patrono industrial.

Mas en cuanto se anuncia que nuestras ideas de emancipación han de ser expuestas en sus dominios y pasearse por ellos los propagandistas, con lo cual cree, y no sin fundamento, que se conspira contra su pitanza, lleno de santa indignación sube al púlpito y desde la sagrada cátedra comienza á fulminar anatemas contra los que, portadores de santas ideas, llevan el desorden y las malas costumbres á sus pacíficos y obedientes, aunque mal dirigidos, coterráneos.

Y unas veces diciendo que somos demonios salidos de las entrañas de la tierra; otras cubriendo de injurias á nuestros propagandistas, sin olvidarse de esa pintura descriptiva que tan bien nos retrata á los socialistas de groseros, desgreñados, sucios y de mirada fiera, y siempre evocando la redentora máxima de Cristo «ganarás el pan con el sudor de tu rostro», aunque olvidándose él ¡claro está! de ponerla en práctica, la acción del cura tiende á perpetuar la ignorancia y con ésta la esclavitud política y económica de los sencillos campesinos.

Peró ocurre que no siempre le dan resultados positivos esas diatribas, porque en cuanto queda expuesta la idea no deja de tener acogida entusiasta por mayor ó menor número de personas, pero siempre dispuestas á propagarla, y la opinión que se les había hecho formar respecto á los socialistas queda rectificada en el acto, viendo en ellos, no los ogros endemoniados que concibieron, sino figuras simpáticas de exquisito trato y de costumbres morigeradas.

Esto, que lo hemos observado en muchas ocasiones, ha ocurrido recientemente en las excursiones organizadas por la Juventud Socialista.

Empeño vano fué siempre el pretender contener con denuestos y restricciones el progreso de una idea, y si ésta se fundamenta, como el Socialismo, no ya sólo en el amor y la justicia, sino en la ciencia y en el proceso económico, que nadie puede alterar, su propia virtualidad hace que hoy se abra paso en el momento de ser expuesta y hará que mañana se imponga para bien de la Humanidad.

¿Y qué es lo que el Socialismo proclama? ¿Acaso con su implantación habrá que temer tiranías irritantes entre victoriosos y derrotados? No; el Socialismo no admite tiranías por pequeñas que sean; el Socialismo preconiza el principio de libertad, de la libertad más amplia y bien entendida, y el Socialismo no puede hacer distinciones entre vencidos y vencedores, porque su finalidad es más elevada, es el triunfo, es la redención del mundo.

Queremos, pues, los socialistas para llegar al término supremo de nuestras aspiraciones, derrocar este régimen del privilegio, en el que se entronizan los más grandes crímenes que registrarán con asombro las generaciones futuras; queremos que desaparezca el Estado, ese Estado que lo forman el ejército, que mantiene con los cañones y las bayonetas la constitución del sistema capitalista con su secuela de miserias y aberraciones; la magistratura, que define y condena el delito contra la propiedad burguesa adquirida á fuerza de latrocinios, y la Iglesia, que difundiendo la ignorancia en los pueblos, haciéndoles pensar en venturas ultraterrenas, á cambio de sometimientos y vejaciones en la vida real, es algo así como una Celestina del capitalismo.

Aspiramos, en suma, los socialistas, á la desaparición de todo lo que significa privilegio, á la refundición de las clases en una sola de trabajadores libres, instruidos y honrados, y á que todos, lo mismo el labriego y el obrero industrial, que el que pone en actividad su potencia mental, sean dueños absolutos de su trabajo y estén en plena posesión, como es consiguiente, de todos sus derechos.

Es así cómo somos y cómo pensamos los socialistas, y el pretender desnaturalizar nuestras ideas, sólo produce resultados contraproducentes, ya que la verdad ha de saltar por encima de todos los obstáculos.

Toribio Pascual.

Bilbao y julio 1904.



OBRA COMÚN

—¿Qué haces, Juan?
—Un camino.
—¿Un camino? ¡Buena val!
—¿Y tú solo vas á hacerle?
—¡No me queréis ayudar!...
—Pero ¿ganarás tú con eso?
—Tú y yo ganamos, Bastián, y no tú y yo solamente, sino el pueblo en general.
La ejecución de esta vía

nó se debe retardar, porque acorta las distancias y es de suma utilidad.
—¡Pero es obra de romanos para tí solo!
—¡Animall!
¡Pues si tú arrimas el hombro, primero se acabará!

Alvaro Ortiz.

(Fábulilla del libro *Rebeldías*).

DOS EXCURSIONES

ESA pléyade, plétórica de vida y de sentimientos generosos, rebotante de entusiasmo y de abnegación, henchida de ideas de redención y de justicia; ese plantel espléndido de luchadores nuevos, de apóstoles nacientes, que en íntima y fraternal unión con los veteranos en la lucha, va á realizar esa excursión, trae á mi memoria un recuerdo triste. Por este tiempo era también: un sol fulgurante inundaba los cuerpos y los espíritus con oleadas de calor y vida; una naturaleza pródiga y amorosa brindaba sus encantos incomparables y sus dones espontáneos, sonriente y benéfica... Y en medio de aquella apoteosis esplendorosa del vivir, aspirando glotonamente aquellas emanaciones vivificantes del ambiente, una muchedumbre de jóvenes, otra pléyade, otro plantel de tiernos y bellos retoños del árbol de la existencia, se disponían á realizar igualmente una excursión: iban á la guerra.

Exponámente ha surgido en mi cerebro este recuerdo, estableciendo un paralelo entre unos y otros. Aquellos con un superficial entusiasmo, iban á dar y recibir la muerte, en aras de ese Moloch hambriento de sacrificios humanos que se llama patria. Estos, con un entusiasmo ardiente y real, van á sembrar la vida y la luz en tantas conciencias sumidas en el letargo de la ignorancia y en la obscuridad del rutinismo. Aquellos corrían á sacrificar sus vidas en beneficio de los eternos explotadores y de los eternos tiranos. Estos van á socabar los cimientos en que afianzan la tiranía y la explotación.

Los unos eran los paladines inconscientes de la tradición y de la infamia. Los otros son los portaestandartes animosos de la civilización y del progreso. Mientras aquellos remachaban el dogal de la esclavitud humana, éstos, con su labor constante y eficaz, van limándole lenta, pero segura y definitivamente. Y en tanto que aquellos sólo podían esperar de su misión abundantes cosechas de sangre y lágrimas, de dolores y de miseria, éstos se empapan voluptuosamente en la esperanza consoladora, de que los frutos de su labor abnegada y noble, han de ser la emancipación y la libertad, la dicha y la regeneración y la salud y la vida para esta pobre Humanidad decrepita y miserable.

Coadyuemos todos á la gigantesca obra; seamos todos actores en tan sublime epopeya; trabajemos todos en tan hermosa empresa, y así conseguiremos que terminen para siempre esas aberraciones infames que se llaman patria y capital, y fructifiquen y triunfen los ideales redentores y grandes, igualitarios y libertadores del Socialismo.

B. Torralva Beci.

Santander y julio de 1904.

MUNICIPALICEMOS

RENTE á la corriente individualista se ve y subsiste aún el comunismo de la antigüedad en la esfera de la vida de la municipalidad, de la provincia y del Estado. Puede decirse que la Humanidad comenzó su vida con el comunismo, que aún hoy conserva este carácter, aunque con relativas limitaciones.

En la meseta castellana existen pueblos en que los terrenos lo son de todos los vecinos, del común, y que son elaborados periódica é indistintamente por todos ellos, alternando en el laboreo de las tierras, una vez transcurrido el tiempo señalado, dos ó tres años.

Es más, de la lectura de recientes datos estadísticos que han sido publicados, se desprende que las tres cuartas partes de la Humanidad utiliza la tierra en común, y que, en Europa mismo, en donde el egoísmo individual ha adquirido tanta preponderancia, dando por lo tanto lugar á que el Socialismo sea también más pujante, algunos millones de seres utilizan en esta forma, en común, las tierras.

El absorbente individualismo, á pesar de su avasallador empuje, no ha podido conseguir desterrar de los pueblos, después de haber sacudido éstos en los siglos xi y xii, el yugo de los señores feudales, el cariño á la vida en común.

Muestra fehaciente de ello la dan las escuelas gratuitas, los parques y los jardines al servicio de todos; las calles y plazas, el alumbrado y el agua en las fuentes públicas.

Berlín está gestionando que todos los ferrocarriles y tranvías que circulan en el territorio de su Municipio pasen á ser de su propiedad.

Otras poblaciones los tienen ya establecidos. Los Municipios de Edimburgo y Glasgow, por la pequeña cantidad de cinco céntimos transportan á los viajeros, en cómodos carruajes que ostentan los heráldicos escudos de ambas ciudades.

Por otro lado, las concesiones que el Estado otorga para estos medios de transporte, dan prueba evidente con su reversión al común, una vez expirados los plazos concedidos, del espíritu impreso á las leyes por los pueblos.

Todos estos indicios de vivir la humanidad en común, social ó colectivamente deben impulsarnos á los socialistas para que prosigamos con ardor en la lucha en tablada contra el capitalismo y vayamos en el seno de los Municipios dando calor y vida á nuestros ideales, haciéndolos prácticos, y, para ello, es necesario procurarnos dar la amplitud toda, que en el régimen actual, y con las leyes vigentes, nos sea permitido, á la municipalización de los servicios públicos, y como tales deben ser considerados todo lo que sea necesario en el orden material y moral para la satisfacción de las necesidades de la familia humana.

Con la labor de la municipalización habremos adelantado la obra del establecimiento del nuevo régimen económico en que la propiedad sea universal.

F. Carretero.

La sociedad burguesa moderna, que ha revolucionado las condiciones de la propiedad y ha hecho surgir medios colosales de producción y de comercio, asemeja al mágico que evoca los poderes de las tinieblas, pero que no puede dominarlos ni librarse de ellos cuando aparecen.

MARX.

CIENCIA Y SOCIALISMO

CUANDO un ejército camina de noche, es la vanguardia la que primero percibe el sol que brota del horizonte. ¿Quiere decir esto que guardará el sol para ella dejando al grueso del ejército en una eterna obscuridad?

Y bien, esto acontece en la inquietante amanecida del siglo xx. Salió el sol, pero las muchedumbres no lo han visto. Es ahora cuando los sabios, bañados en luz, comienzan á acordarse de los que dejan atrás.

Percátense de que la ciencia por la ciencia, forma nueva de fetichismo, hacinamiento de percepciones inconexas, simple empirismo sin nervio filosófico, es á veces un gran mal, un adelanto en los medios con que la humanidad se destruye á sí misma, en suma, un progreso regresivo.

Reparan que si el conocimiento de la naturaleza acusa un avance inaudito, vertiginoso, nuestra modalidad social más bien parece retroceder al estado de barbarie.

Ellos, los grandes sacrilegos que buscando la verdad destruyen dioses, sienten vergüenza de ser en gran parte cómplices del tremendo crimen social, selecta tropa mercenaria de los de arriba, esclavos del del dinero, el más doloroso de los errores. Vergüenza, y un legítimo temor, pues la vanguardia pelagra con el tirar ciego de los que bullen en una horrible opacidad intelectual.

Y he aquí que miedosamente se preguntan si sus audaces obras habrán de derrumbarse como construídas en el vacío, y caen en la cuenta de que es en los cerebros humanos donde han de perdurarse y transformarse.

Todo investigador concienzudo—dice lleno de alarma Haeckel—tiene el sagrado deber de contribuir á resolver este conflicto: que ocasiona un sentimiento de malestar, una excisión interna, una mentira. Con valeroso esfuerzo, sólidamente apoyados en la verdad debemos adquirir para ello una filosofía clara y natural.

Por lo pronto, los brillantes genios salen de su oasis ansiosos de fertilizarlo todo, de inundarlo todo de espléndidas irradiaciones. Se los ve abandonar sus laboratorios, sus gabinetes, sus templos de la verdad é irse á llenar el espíritu de desconocidas alegrías entre las ulceradas muchedumbres, donde la inteligencia se fortifica y ensancha sufriendo mil nuevos contactos. Como en una de las bellas fábulas de Tolstoy, han ya volado las abejas precursoras, los hombres de corazón, y presto acabará por volar todo el enjambre.

Háse adivinado el formidable envío de un pueblo culto y unido, amante de la verdad, la belleza y el bien, descargado de la horrible lucha de hombre á hombre, donde ahogándose la personalidad se desperdicia un caudal generoso de energías.

«Los sabios van al pueblo; el pueblo va á los sabios.» Ciencia y democracia se acercan y prometen fundirse. Sobre los admirables conocimientos empíricos constrúyese una filosofía bondadosa no sólo

para los hombres sino también para las otras especies animales, á las que con el orgullo de la ignorancia se desprovea de alma. Un pensamiento consecuente aplica la biología y especialmente la patología al cuerpo social, al conjunto de los seres humanos. Ese pensamiento es el Socialismo.

¡Levantad la cabeza, gentes laboriosas, que llega vuestra hora, y van á clarearse vuestras frentes!

Tomás Meabe.

EL CULTIVO DE LA VIDA

NACER, Morir; he aquí los dos términos extremos de nuestra existencia. Tan familiarizados estamos con ellos, de tal modo obsesionan nuestro pensamiento con el imperio de dos fuerzas incontrastables é irreductibles, que no pensamos en que somos traídos y llevados por ellas cuando podíamos ser nosotros sus dueños y dominadores, y el nacimiento y la muerte, la salud y la vida, el poder y la fuerza servir á maravilla nuestros fines sociales en vez de obstaculizar las más humildes aspiraciones. Por todas partes el estorbo del nacer miserable, de la vida corta é impotente para las empresas grandes, del morir prematuro que abate y troncha el cuerpo y la inteligencia. ¿Por qué nacer tan mal y morir tan pronto después de una existencia estéril para nuestro progreso social? Culpa nuestra es; de nosotros también depende el remedio.

Nada para mí tan agradable como el iniciar á las gentes en los misterios, que ya no lo son casi para nadie, de nuestra triste vida, y hacerlas penetrar, guiadas por la luz de la ciencia, en los oscuros rincones donde cubiertas con las tupidas sombras de la Fatalidad y de la Providencia se ocultan los crímenes enormes de la Ignorancia y del Abandono.

La vida media es cada día más corta, apenas alcanza á los 32 años; la mortalidad cada año más grande, la más triste y única grandeza nacional, no deja vivir á la mitad de los que nacen, y pudiendo ser más que muchas naciones, somos menos que casi todas. Morir es triste porque la vida es hermosa, pero es más triste saber que nos hemos de morir prematuramente y cuando no debíamos morirnos, víctimas de enfermedades á las que si la Ciencia pone su etiqueta bien pudieran rotularse todas ellas con un solo nombre: Miseria. Que pobreza, miseria y hambre, junto á una ignorancia y á una educación social detestables, engendran tuberculosis, anemia, raquitismo, clorosis, alcoholismo y enfermedades infecciosas, causas de la mayor parte de las muertes.

Ya lo sabemos, podemos decir como los frailes de la Trapa cuando alguno nos recuerda la temporalidad de nuestra vida. Sí, es verdad; sabemos que hemos de morir, pero lo que no queremos saber es que se nos condena á muerte prematura y á una vida sin grandeza por culpas que no son nuestras y que residen todas en una sociedad que para nada se cuida de nosotros, de nuestra salud, de nuestra vida, dejando perder inmensas riquezas que podrían ser, bien aplicadas, el fundamento de nuestro poderío y la base de nuestra grandeza moral. Es iniquidad bien manifiesta, es inhumanidad bien evidente que se condena á la muerte á infinidad de gentes que crean diariamente á su alrededor la vida próspera y exuberante de comodidades y placeres, el vivir feliz y alegre de unos pocos privilegiados, la satisfacción hasta el hastío de todas las necesidades de la existencia, el confort y el lujo en los palacios, la casa amplia, cómoda é higiénica, mientras ellas arrastran vida miserable y triste, amenazada á todas horas por la visión cercana de una muerte más triste que la misma vida. La injusticia es bien manifiesta, el contraste evidente; la reparación no puede hacerse esperar. Lo menos que tienen derecho á pedir es que se les garantice la existencia.

Hay que empezar por el principio el cultivo de nuestra vida sino queremos ver malogradas nuestras futuras cosechas. Y el principio está en las madres de nuestros hijos, á las que el trabajo excesivo y en malas condiciones, el comer escaso y malo, la habitación reducida y malsana, sino las hace estériles las fecundiza en tan malas condiciones que los frutos de su maternidad nacen muertos ó mueren apenas nacidos. Los que quedan con vida morirán poco después, víctimas también de la pobreza y miseria de sus madres, obligadas á alimentarlas de mala manera por haberse secado las fuentes sanas y abundantes de que la Naturaleza provee á las madres que pueden alimentarse. No es extraño que la mitad de los que mueren sean niños, cuando tan cruel y sañudamente la sociedad persigue y aniquila á sus madres

haciéndolas inútiles para la maternidad sana y vigorosa.

Salvarán como puedan muy pocos niños los dos primeros años, sin que haya concluido para ellos el calvario de su triste vida. El padre en el taller, en la fábrica ó en la oficina, la madre en el trabajo, apenas ganan lo suficiente para la escasa é infame manutención; el abandono de los hijos casi se impone por la necesidad del trabajo, las consecuencias son siempre terribles para la prole; la enfermedad hace nuevas víctimas.

Crece los hijos, poco y mal, desmebrados, sin vigor y canijos; poca escuela y poco pan no harán nunca sabios ni gigantes. ¿Para qué ni lo uno ni lo otro, si apenas sus manos pueden sostener una herramienta los padres los necesitan para que ganen un jornal que sirva para comprar un poco más de pan? Van al taller, van á la fábrica, á la mina, al socavón obscuro, á cualquier parte donde por un trabajo matador apenas comen ni el pan que necesitan, para salir de allí al poco tiempo agobiados, raquíticos, inútiles para el trabajo vigoroso y productivo, cuando no camino del hospital ó del cementerio. Estas son las nuevas generaciones que estamos haciendo: los hombres del porvenir. Porvenir de miseria, de lágrimas, de enfermedades, de muertes, de menos producción y menos pan, de una población de hospital, en vez de un pueblo de trabajadores útiles para sí y para todos, felices y contentos de haber nacido.

No faltarán corazones apocados, almas pequeñas, cerebros ruines, que digan que esto sucede porque debe suceder, y porque siempre ha ocurrido que la masa inmensa de los desheredados, de los pobres, sea sacrificada para que puedan vivir unos pocos dueños del privilegio y de la riqueza. No y no; esto es injusto é inhumano; la vida debe serlo para todos con sus alegrías, con los goces que proporciona cuando es sana y exenta de los dolores que produce la enfermedad evitable que el hambre, la mala higiene, la falta de cuidados ó el trabajo excesivo ocasiona. Vivir así, es renegar de haber nacido; dolerse de un nacimiento ni deseado ni buscado; odiar el régimen que mantiene situación tan abominable y absurda, que podía ser bien otra, si en el corazón de los poderosos tuvieran asiento la piedad y la justicia.

Doctor Revilla.

LA PROTESTA DE UNA OBRERA

La presente sociedad es tan mala y detestable, que no es posible vivir en ella sin protestar enérgicamente, no solo de todos los errores y mentiras que encierra en su seno, sino también de la esclavitud que sufrimos la mayoría de la humanidad.

Esclavo, muy esclavo es el hombre que tiene que alquilar sus brazos por un mísero salario que apenas si le da para vivir; pero ¿qué es su esclavitud comparada con la esclavitud de la mujer?

El hombre es esclavo del capital, y la mujer, esclava del capital y del esclavo: lo más triste y más negro, es que parece que adoramos nuestra esclavitud, cuando nada hacemos por mejorar nuestra situación. ¡Oh lectoras, queridas compañeras de sufrimiento, ¿por qué no unís vuestra protesta á la mía, á fin de que no sea como la gota de agua que se va á perder en el Océano; si todas las que sufrís formuláis vuestra protesta, será tan grande y tan formidable como los inmensos mares que rodean la tierra.

Luchemos sin descanso por conquistar lo que de derecho nos corresponde. Hoy la mujer no tiene ningún derecho; en la nueva sociedad los tendrá todos. ¡Qué feliz será entonces la mujer! Cuando niña, rodeada de personas cariñosas que vayan despertando en su cerebro infantil todas las ideas del amor y del bien; podrá mostrar sus gustos y sus inclinaciones y podrá escoger aquel trabajo que más le agrade; cuando ya vaya siendo una mujercita, podrá elegir libremente al hombre amado, al hombre que ha de compartir con ella su vida. Entonces, amiguitas, no entrará nada el cálculo para la elección de compañero, como sucede hoy, debido á la miseria.

La mujer en la actual sociedad es fría y calculadora, y es así porque no tiene más remedio que serlo, pues al estómago no se le puede alimentar con amor: hay que vivir, y para vivir hay que comer. Cuando la dependencia económica haya desaparecido, la mujer será completamente feliz y podrá ofrecer al hombre todo el tesoro de amor que la mujer guarda para el hombre amado. Entonces la mujer, durante su embarazo, no tendrá que hacer ningún trabajo molesto y será considerada como la planta más delicada, rodeándola de toda clase de cuidados para que su fruto no se malogre, y por tanto los hijos que demos á luz serán fuertes y hermosos; y cuando la mujer sea anciana y se vea rodeada por los suyos, prodigarán amor y bienestar, afa-

nándose unos y otros por hacer del crepúsculo de su vida una eterna mañana de primavera; entonces no habrá pena por ver venir la vejez, no habrá estrecheces, y los ancianos como los niños y enfermos serán atendidos y cuidados con todo aquello que necesiten y rodeados del amor de toda la Humanidad.

Quitemos obstáculos del camino que hay que recorrer para llegar á la hermosa sociedad colectiva; ayudemos con toda nuestra fuerza, que no es poca, á derrumbar todo lo viejo, todo lo inservible, para implantar el nuevo régimen, en el que será la mujer tan dichosa como desdichada es en el presente.

Virginia González.

LOS MINEROS DE VIZCAYA

No subid á las minas; aquellos son salvajes; obreros sin civilizar; os va á pasar algo; no os quedarán ganas de volver...

¿Pero son obreros?—decía yo—Pues si lo son, si allí como aquí y aquí como allí los obreros son explotados, donde la explotación exista fructifica la idea salvadora del Socialismo.

De este modo ocurría yo los primeros meses de propaganda allá por los años de 1886 y 1887, y efectivamente, nos apresuramos á ver en el terreno á aquellos salvajes, como nos los pintaban en Bilbao.

Café de la Estrella se denominaba el local en que celebramos la primera reunión. Las ideas expuestas, muy mal por cierto en materia retórica, pero dichas con rudeza y con la más profunda buena fe por el que esto escribe y por el que siempre tendré en mi memoria, compañero Solano, fueron escuchadas con el más profundo silencio. En el semblante de aquellas víctimas de la explotación se reflejaba el odio hacia los que por espacio de muchos años venían abusando, tanto en cotidiano trabajo, como en lo que más afecta en la vida, los artículos de primera necesidad, tienda obligatoria y barracones inmundos.

Al volver á Bilbao, yo le decía al compañero Solano: «Hemos hecho mucho por la clase obrera del monte; las ideas de redención tienen un buen filón, no hay que abandonarlas.» Y después, todos los días festivos, nuestros paseos, nuestros recreos, era hacerles una visita, y entre conversación, periódico por allí, folleto lo más vulgar posible por allá, los obreros del monte se pusieron en condiciones de dar la primera batalla á la burguesía vizcaína el año 1890.

Las ventajas, tanto morales como materiales, obtenidas por los mineros, debido á la organización socialista, saltan á la vista.

En 1890 se leían muy pocos periódicos por aquellos trabajadores apartados de todo contacto de los demás del resto del mundo; para ellos su misión en la tierra no era otra que trabajar, pensando que los goces que puede proporcionar el trabajo estaban destinados por derecho divino á los que poseían las riquezas de la Naturaleza.

Nuestro trabajo primero fué el sacar del error en que estaban á nuestros hermanos del monte. Mientras los obreros no se preocupaban más que de rivalidades tontas, como las cuestiones de regiones, y que por una cuestión baladí se mataban, y campaba á sus anchas el desertor de presidio, mirado con toda clase de respetos, sirviendo de guardia pretoriana á los caciques, éstos decían que con media docena de forales tenían suficiente para todo el monte de Triano.

Pero, ¡ya pareció aquello los obreros, que siempre habían estado sumisos al trabajo, ¡pensaban suavizar asperezas y predicar el principio de solidaridad, no permitir que sigan por mas tiempo las tiendas obligatorias y los cuarteles inmundos! ¡Los obreros, leyendo periódicos, que predicaban el que mañana con una sociedad más humana podemos vivir mejor! ¡Los obreros, que con esta campaña de organización y propaganda desaparece todo odio de regiones y conseguirán fraternizar con los trabajadores del mundo, los que debido á esta propaganda disminuirá la criminalidad en el partido judicial de Valmaseda, esto no podía de ninguna manera agrandar á los explotadores de las minas!

Esto no podía agrandar á estos señores. Cuanto más instruido el obrero más dispuesto á rebelarse.

Y el llamado principio de propiedad obligó á los burgueses á ponerse á los pies del poder, poder que siempre le habían despreciado, para que llenara de guardia civil toda la cuenca minera de Vizcaya.

Los obreros mineros no deben cejar en su empeño. Con la táctica trazada por el Partido Socialista han conseguido bajar las horas de trabajo, hacer desaparecer los cuarteles inmundos y la bochornosa explotación de la tienda obligatoria; han conseguido, y esto es lo más importante, que se lea y que se preocupen de las cuestiones propias de su clase, y elevarse á un nivel intelectual que no pueden

enviarse á los trabajadores de otras regiones de España.

¡Cuántas y cuántas injusticias han desaparecido en el transcurso de nuestra propaganda! ¡Qué satisfacción más profunda sentimos viendo como vemos que doce compañeros viven y ganan su sustento vendiendo la prensa obrera! El SOCIALISTA (el decano de nuestra Prensa), LA AURORA SOCIAL, LA VOZ DEL PUEBLO y LA LUCHA DE CLASES, que con sus sanos consejos y buena doctrina apartaron á 11.000 obreros del camino tortuoso del anarquismo, doctrina muy abonada para ellos, porque sólo toca al corazón olvidándose del cerebro.

¡Qué esperanzas nos dan para el mañana ver á compañeros nuestros hablar en mítines, escribir correspondencias en LA LUCHA, llevar sus libros en las Agrupaciones, extender sus actos, dirigir las discusiones con una seriedad que pudieran copiar los padres de la nación!

Obreros que el año 1887 no sabían apenas escribir hoy lo hacen y enseñan á los demás.

Esta fuerza poderosa, con las batidas dadas y con el acierto que las han dado, á la clase capitalista vizcaína, se consideran como un ejército beligerante que en la guerra sorda, pero no menos persistente y tenaz que hacen, atrayendo á los mineros del mañana—á los jóvenes—no cabe la menor duda que serán la organización más poderosa de los mineros de España.

Y con el apoyo que siempre estamos dispuestos á prestar las Agrupaciones de la zona fabril y de la población, como se demostró en la última huelga general, conseguirán nuevas conquistas.

¡Organización, disciplina! que no exista una cuestión personal entre vosotros. Tened presente las primeras palabras que os decíamos en la primera reunión: «Allí donde hay un trabajador tenéis un hermano.»

F. Perezagua.

SOCIEDADES DE RESISTENCIA

NUESTRO primer punto de mira en las Sociedades de resistencia debe encaminarse principalmente á rebajar las horas de trabajo, aumentar los salarios, y recibir un trato humanitario y respetuoso en el trabajo. Con estas mejoras conseguimos poner á la clase trabajadora en condiciones de vigor, energía, inteligencia y actividad, á la vez que obtenemos ocupación en el trabajo para mayor número de obreros, siendo consecuencia lógica de estas mejoras es que los proletarios se pongan en verdaderas condiciones de lucha en contra de sus explotadores.

Después de conseguidas estas ventajas, nuestra acción ha de ser más extensa.

Reclamaremos el colectivismo de los instrumentos de trabajo, siendo nosotros los reguladores de la producción con arreglo al consumo, percibiendo el producto de nuestro trabajo sin necesidad de la ingerencia de la clase burguesa, verdadero parásito social.

Por esto reclamamos la solidaridad de los oprimidos, de los proletarios todos, para con su unión á nosotros los trabajadores organizados, podamos en breve plazo derrocar esta sociedad de oprobio y explotación por otra hermosa y feliz: La del verdadero pueblo trabajador.

F. Villarreal.

ESCUELAS SOCIALES

¡VENEMOS á los economistas fatalistas, que en su teoría son tan indiferentes á lo que ellos llaman los inconvenientes de la producción burguesa, como los burgueses mismos lo son en la práctica á los padecimientos de los proletarios que les ayudan á adquirir riquezas. Esta escuela fatalista se divide en clásicos y románticos. Los clásicos, como Adam Smith y Ricardo, representan una burguesía que, luchando aún con los restos de la sociedad feudal, sólo trabaja por depurar las relaciones económicas de las tachas feudales, por aumentar las fuerzas productivas y dar á la industria y al comercio un nuevo impulso... Los economistas, como Adam Smith y Ricardo, que son los historiadores de esta época, no tienen otra misión que demostrar cómo se adquiere la riqueza en las relaciones de la producción burguesa, formular estas relaciones en categorías, en leyes, y probar cómo estas leyes, estas categorías, son para la producción de la riqueza superiores á las leyes y á las categorías de la sociedad feudal. La miseria no es á los ojos de estos economistas otra cosa que el dolor que acompaña á todo alumbramiento, lo mismo en la industria que en la naturaleza.

Los románticos pertenecen á nuestra época, en que la burguesía está en oposición directa con el proletariado, en que la miseria se engendra con tanta abundancia como la riqueza. Los economistas de que hablo dirigen desde la altura de su posición una mirada desdeñosa á los hombres locomotoras que fabrican las riquezas...

Viene después la escuela humanitaria, que toma á pechos el lado malo de las relaciones de producción actuales. Para tranquilidad de su conciencia, trata de paliar en lo posible los contrastes reales; deplora sinceramente la desgraciada situación del proletariado, la competencia desenfundada de los burgueses entre sí, y aconseja á los obreros que sean sobrios, trabajen bien y procreen poco, encargando al mismo tiempo á los burgueses que templen su ardor en la producción. Toda la teoría de esta escuela descansa en distinciones interminables entre la teoría y la práctica, entre los principios y los resultados, entre la idea y la aplicación, entre el contenido y la forma, entre la esencia y la realidad entre el derecho y el hecho, entre el lado bueno y el lado malo.

La escuela filantrópica, que es la escuela humanitaria perfeccionada, niega la necesidad del antagonismo, y quiere hacer de todos los hombres burgueses, realizar la teoría en tanto cuanto se distingue de la práctica y no entraña antagonismos. Los filántropos quieren, pues, conservar las categorías que expresan las relaciones burguesas, sin el antagonismo que es inseparable de estas categorías. Imaginanse combatir seriamente la práctica burguesa, y son más burgueses que los otros.

Así como los economistas son los representantes científicos de la clase burguesa, los socialistas y los comunistas son los teóricos de la clase proletaria. Mientras el proletariado no estaba todavía suficientemente desarrollado para constituirse en clase, y, por consecuencia, la lucha misma del proletariado con la burguesía no revestía aún carácter político, ni las fuerzas productivas se hallaban tampoco bastante desarrolladas en el seno de la burguesía para dejar entrever las condiciones materiales necesarias á la emancipación del proletariado y la formación de una sociedad nueva, estos teóricos no eran más que utopistas que, á fin de responder á las necesidades de las clases oprimidas, improvisaban sistemas y corrían en pos de una ciencia regeneradora. Pero á medida que la historia marcha y con ella la lucha del proletariado se manifiesta con mayor claridad, no necesitan ya buscar la ciencia en su mente, sino darse cuenta de lo que á sus ojos pasa y hacerse órgano de lo que ven. Desde este instante, la ciencia, producida por el movimiento histórico y asociada á él con pleno conocimiento de causa, ha dejado de ser doctrinaria para convertirse en revolucionaria.

Carlos Marx.

PROGRAMA

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

Considerando: Que esta sociedad es injusta por que divide á sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas; una, la burguesía, que, poseyendo los instrumentos de trabajo, es la clase dominante; otra, el proletariado, que, no poseyendo más que su fuerza vital, es la clase dominada;

Que la sujeción económica del proletariado es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas; la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política;

Que los privilegios de la burguesía están garantizados por el poder político, del cual se vale para dominar al proletariado;

Por otra parte: Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan, reformando ó destruyendo el estado social que los produce;

Que esto no puede conseguirse sino transformando la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la sociedad entera;

Que la poderosa palanca con que el proletariado ha de destruir los obstáculos que á la transformación de la propiedad se oponen ha de ser el poder político del cual se vale la burguesía para impedir la reivindicación de nuestros derechos;

El Partido Socialista declara que tiene por aspiración: La posesión del poder político por la clase trabajadora.

La transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social ó común.

(Entendemos por instrumento de trabajo la tierra, las máquinas, las minas, los transportes, las fábricas, capital-moneda, etc., etc.)

La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica, el usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras, garantizando á todos sus miembros el producto total de su trabajo, y la enseñanza general científica y especial de cada profesión á los individuos de uno y otro sexo.

La satisfacción por la sociedad de las necesidades de los impedidos por edad ó padecimiento.

En suma: el ideal del Partido Socialista Obrero es la completa emancipación de la clase trabajadora; es decir, la abolición de todas las clases sociales y su

conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados é inteligentes.

El Partido Socialista Obrero considera necesario para realizar su aspiración, obtener las siguientes medidas políticas y económicas.

Políticas

Derechos de asociación, de reunión, de petición, de manifestación y de coalición.—Libertad de la Prensa.—Sufragio universal.—Seguridad individual.—Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.—Abolición de la pena de muerte.—Justicia gratuita.—Jurado para toda clase de delitos.—Supresión de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo.—Abolición de la Deuda pública.—Supresión del presupuesto del Clero y confiscación de sus bienes.

Económicas

Jornada legal de ocho horas de trabajo para los adultos.—Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años y reducción de la jornada de trabajo á seis horas para los de catorce á diez y ocho.—Salario mínimo legal determinado cada año por una Comisión de Estadística Obrera, con arreglo á los precios de los artículos de primera necesidad. Salario igual para las obreras que para los obreros.—Descanso de un día por semana ó prohibición legal á los industriales de hacer trabajar á los obreros más de seis días por cada siete.—Prohibición del trabajo de las mujeres cuando éste sea poco higiénico ó contrario á las buenas costumbres.—Creación de comisiones de vigilancia, creadas por los obreros, para inspeccionar las habitaciones en que éstos viven, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción.—Protección á las cajas de socorros y pensiones á los inválidos del trabajo.—Reglamentación del trabajo de las prisiones.—Creación de escuelas profesionales de primera y segunda enseñanza gratuita y laica.—Responsabilidad de los patronos en accidentes del trabajo, garantida por una fianza metálica depositada por el industrial en las Cajas de las Sociedades Obreras, y proporcional al número de trabajadores empleados y á los peligros que presente la industria.—Reforma de las leyes de inquilinato y de todas aquellas que tiendan directa ó indirectamente á lesionar los intereses de la clase trabajadora.—Anulación de todos los contratos enajenando la propiedad pública (ferrocarriles, minas, arsenales, etc.) y explotación de todos los talleres del Estado por las Sociedades Obreras.—Abolición de todos los impuestos indirectos y transformación de los directos en un impuesto progresivo sobre las rentas ó beneficios mayores de 3.000 pesetas.

Programa Municipal

Abolición de todos los impuestos que perjudiquen á la clase trabajadora.

Fijación de un salario mínimo para los empleados y obreros del Municipio que les permita satisfacer sus primeras necesidades. Este salario se determinará todos los años por el Ayuntamiento, de acuerdo con las Sociedades Obreras de resistencia.

Jornada máxima de ocho horas para todos los trabajos y servicios del Municipio.

Cantinas escolares, donde se dé gratuitamente una comida sana á los hijos de los trabajadores en el tiempo que media entre la clase de la mañana y la de la tarde.

Dar todos los años á esos niños ropa y calzado, un traje y un par de botas ó zapatos á la entrada del invierno, y otro traje y otro par de botas á la entrada del verano.

Asistencia médica y servicio farmacéutico gratuitos.

Creación de asilos para los ancianos é inválidos.

Idem de asilos de noche y distribución de víveres para los viandantes y los que buscan colocación sin tener residencia fija.

Idem de casas de maternidad para los niños cuyas madres tienen que abandonarlos durante el día ó la noche para ir al taller ó á la fábrica.

Idem de casas de baños y lavaderos públicos gratuitos.

Idem de Bolsas del Trabajo, ó edificios donde tengan domicilio gratis y local para celebrar reuniones, las Sociedades Obreras que se proponen mejorar la condición de su clase.

Abolición de las subvenciones de carácter religioso.

Retribución de las funciones municipales con arreglo al salario máximo que perciban los trabajadores, á fin de que los concejales obreros puedan desempeñar su cargo.

Exigir el exacto cumplimiento de las Ordenanzas municipales en todo cuanto favorecen á los trabajadores, y principalmente, en lo que se refiere á la higiene de las habitaciones, análisis de los artículos alimenticios, derribo de las casas denunciadas y andamiaje de las obras.